

DESPUÉS DEL DERRUMBE: ESTAR O NO A LA IZQUIERDA

Adolfo Sánchez Vázquez

Fuente: *Dialectica*, num. 23-24; invierno de 1992-primavera de 1993

I

El hecho de que, durante largos años, un importante sector de la izquierda haya estado vinculado al proyecto de socialismo, en nombre del cual se construyó el sistema social que se ha derrumbado en la Europa del Este, y de que las piedras que se desmoronan ruidosamente alcancen incluso a quienes no estaban asociados a él, justifica la pregunta —tan legítima como inquietante— de: ¿qué significa estar o no a la izquierda después del derrumbe?

Ciertamente, para responder sin ambigüedades ni falsas ilusiones, es forzoso remitirse a la experiencia histórica conocida como "socialismo real", cuyo sorprendente e impresionante desenlace está provocando toda suerte de confusiones, incertidumbres y, sobre todo, sombrías expectativas para el socialismo en el futuro.

Si nos atenemos a los resultados de esa experiencia histórica, y no sólo a la intención emancipatoria que estaba en su origen revolucionario, hay que reconocer en primer lugar que hoy no se puede estar a la izquierda sin deslindarse críticamente de una experiencia que niega, en definitiva, su intención originaria de emancipación. Pero, al proceder a semejante deslinde, debe

quedar claro: *a)* aquello —el sistema económico, político y social— de lo que hay que deslindarse; y *b)* el modo de efectuarlo.

Pero, independientemente de cómo se conciba la naturaleza —que se precisará más adelante— de dicho sistema, hay un punto en el que converge toda crítica —de derecha o izquierda—, a saber: desde la revolución rusa de 1917, la sociedad que surgió de ella pretendió ser una alternativa socialista al capitalismo.

La crítica de derecha fue, desde el primer momento —es decir, mucho antes de que el fracaso histórico se apuntara— una crítica al intento de construir una sociedad distinta del capitalismo existente. Pero no se trataba sólo de una crítica en el plano de las ideas, apelando incluso a una supuesta "naturaleza humana" inimitable, con la que entraba en contradicción ese intento, sino de una crítica práctica en la que no se vaciló en recurrir a todos los medios: desde la intervención militar y el cerco económico en los primeros años hasta la *guerra fría* librada en todos los campos durante cuatro décadas y que, al imponerle una agotadora carrera de rearme, acabó por doblar la espina dorsal —la economía— del sistema.

El "socialismo real" no pudo resistir el desafío capitalista en el terreno decisivo: la productividad. En cuanto a la crítica en el plano de las ideas, todo el empeño de los ideólogos del capitalismo estuvo encaminado a convencer de la imposibilidad e indeseabilidad de toda alternativa socialista. De ahí su gustosa coincidencia con los ideólogos soviéticos de las últimas décadas al establecer un signo de igualdad entre "socialismo realmente existente" y socialismo.

La izquierda liberal, que un Bertrand Russell representó tan honesta y lúcidamente con su crítica desde el primer momento,

pronto se deslindó de un sistema que destruía la libertad del individuo y la democracia representativa, asentados en el libre mercado y la libre empresa. La socialdemocracia —por conducto de Kautsky en su famosa y acerada polémica con Lenin— también se deslindó pronto del régimen soviético, porque, al no darse las condiciones históricas y sociales necesarias, y desplazada la democracia representativa por la dictadura de clase, o de partido, quedaba cerrado el paso al socialismo democrático. Pero también surgían críticas de las propias filas revolucionarias, como la de Rosa Luxemburgo, al carácter antidemocrático del nuevo poder, o la de la "oposición obrera" que se consideraba excluida de él. Más tarde, Trotsky habría de ver en el sistema construido con el estalinismo una traición a los principios leninistas que transformó la revolución originaria en una verdadera contrarrevolución.

No obstante estas críticas, lo que dominó en la izquierda que se incorporó a la III internacional fue la adhesión incondicional al sistema soviético como modelo de socialismo, así como a la estrategia política que propugnaba y a los principios ideológicos y organizativos que lo inspiraban. Sólo tardíamente, en la década de los sesenta y a raíz de la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia, la izquierda agrupada en los partidos "eurocomunistas" rechazó semejante modelo de socialismo, así como la estrategia política correspondiente, aunque no se deslindó críticamente del modelo ideológico y organizativo que había imperado como "marxismo-leninismo".

Ciertamente, su deslinde no podía llegar mientras no se respondiera a cuestiones de este tenor: ¿cómo fue posible que el proyecto originario de emancipación se convirtiera en la realidad de un nuevo sistema de dominación y explotación?, ¿qué causas determinaron su formación y arraigo durante largos

años, así como su aceptación incondicional por millones de hombres que, dentro y fuera de la URSS, dieron todo, incluso su libertad y su vida, por defenderlo y extenderlo? A estas cuestiones que el movimiento comunista mundial nunca se planteó se agregan hoy otras, no menos punzantes, ante el derrumbe del "socialismo real": ¿cómo ha sido posible que su hundimiento, como el de un castillo-de naipes, se produjera en forma tan imprevisible y sorprendente?

II

La izquierda necesita responder a unos y otros interrogantes si quiere mantener su identidad, con su componente socialista, y no dejarse arrastrar por el agua turbia de la identificación de toda idea de socialismo con el "socialismo real". Tiene que tratar de esclarecer cómo ha sido posible que el socialismo haya sido negado realmente en nombre de la idea de socialismo.

Ciertamente, en cuanto que el sistema, surgido de la revolución de 1917, desacreditaba esa idea, y bloqueaba, en la práctica, toda aproximación a los valores socialistas de igualdad, justicia y libertad, su desaparición se presentaba como una condición necesaria, aunque no suficiente —como lo demuestra la experiencia de estos últimos años— para que el proyecto socialista pudiera recuperar su verdadero rostro. En este sentido, la revolución antiburocrática que ha tenido lugar en los países europeos del Este constituía un paso históricamente necesario para todo socialismo posible. Como lo es también —en el terreno de las ideas— el examen crítico y autocrítico —cuando se trata de cierta izquierda— de la historia y naturaleza del "socialismo real".

Todavía hace muy poco, en América Latina su historia se pre-

sentaba como una marcha triunfal, y poner en duda su naturaleza socialista constituía un verdadero sacrilegio. Las derrotas en su desarrollo histórico, así como sus errores y horrores, se sustraían a toda crítica, y ésta permanecía muda, no obstante la presión ruidosa de los hechos.

Ahora bien, no basta aferrarse a la idea de otro socialismo y distanciarse críticamente del que se ha presentado como tal, si no se arrinconan la concepción del mundo, la mentalidad, los mitos y los hábitos que permitieron justificarlo y sustraerlo a la crítica. Tampoco basta reconocer que, al cabo del tiempo, la intención emancipatoria, al pervertirse en su realización, dio lugar a nuevas formas de explotación y dominación. Para rescatar la idea de socialismo, con todo su contenido liberador, humanista, se hace necesario —insistimos— esclarecer por qué, a partir de la revolución que estaba en sus orígenes, ese proyecto emancipatorio se convirtió en la posibilidad y realidad del "socialismo de cuartel".

La pregunta es pertinente si se interroga a la historia real, ya que ese "socialismo" no se ha escrito —ni podía escribirse— al margen de ella. Ciertamente, es en ella donde fue posible y se hizo realidad.

III

Con este enfoque, ni determinista ni casualista, hay que comprender el sistema que tan estrepitosamente se ha derrumbado en los países del Este, primero, y en la Unión Soviética —su cuna y modelo— después. Se trata del sistema económico, político y social surgido en el proceso abierto por la revolución de 1917, proceso en el que, al tomar el poder, se plantea a los bolcheviques la tarea inmensa, sin precedentes históricos, de forjar

una nueva sociedad, socialista. La contradicción entre sus intenciones emancipatorias, que pueden rastrearse en el Lenin de *El Estado y la revolución*, en vísperas del asalto al poder, y las condiciones específicas rusas para cumplirlas eran tan agudas que no faltaron voces -dentro y fuera de Rusia- que, no sólo dudaban de la posibilidad de construir el socialismo, sino que predijeron un resultado que, a la postre, habría de coincidir con la barbarie y el despotismo estalinianos.

Ciertamente, Lenin no ignoraba la inexistencia de las condiciones necesarias señaladas por Marx, entre ellas la madurez del desarrollo capitalista y la revolución a escala mundial, pero pensaba que el poder conquistado podía y debía ser la balanza decisiva para crear las primeras en la atrasada Rusia. Y comprendía también —con Trotsky— que, reducida a un solo país, la histórica empresa de construir el socialismo no dejaba de ser limitada, incierta y vulnerable. De ahí que hiciera depender su destino de la revolución mundial, o al menos en los países capitalistas más desarrollados. Parecía, pues, como si la historia estuviera jugando con dos barajas: la de la imposibilidad de construir el socialismo en las condiciones rusas y la de la posibilidad de su construcción desde el nuevo poder y con la revolución mundial. Lo primero conduciría a la pesadilla del "Gulag" y lo segundo pronto se disiparía como un sueño.

La conservación del poder y la supervivencia misma de la Revolución, en las durísimas condiciones de inmadurez económica, intervención militar y devastadora guerra civil, se convierten en objetivos prioritarios. Y, en lugar del socialismo, vagamente diseñado por Marx y revalidado por Lenin en vísperas de las jornadas revolucionarias de octubre, lo que aparece primero, como dura respuesta a una dura realidad, es el "comunismo de guerra". Y, con él, el reforzamiento del poder estatal,

la estatalización en todos los campos de la vida social, el aumento de las medidas coercitivas y el consiguiente abandono de la participación de los «trabajadores en la gestión económica, política y social. Todo ello provoca el descontento social que, al adoptar formas tan explosivas como el levantamiento de Kronstandt, obliga a buscar una nueva vía al socialismo: la NEP (Nueva Política Económica).

Aunque esta vía representa una importante reforma económica (al admitir cierta libertad de comercio y tolerancia de la pequeña industria y la economía campesina), no incide en el plano político. Por el contrario, se fortalece la burocracia —lo que suscita los fundados temores de Lenin en sus últimos escritos— y se eleva el papel del Partido. Al leve pluralismo económico no sigue el más leve pluralismo político. Las dudas que la NEP suscita acerca de su marcha —¿hacia el socialismo o hacia el capitalismo?— Stalin las disipa categóricamente al ponerle fin en 1929.

Desde este momento se inicia el proceso de construcción del sistema que se considerará terminado en 1936, al proclamarse constitucionalmente que el socialismo ya existe en la URSS. Su construcción ha tenido por ejes la industrialización acelerada y la colectivización forzosa del campo, ambas con un terrible costo humano. La coerción ejercida sobre millones de obreros y campesinos se extiende a toda la sociedad, dejando paso a una represión masiva o imperio generalizado del terror, del que no escapan los dirigentes revolucionarios de 1917 y centenares de miles de abnegados y fieles militantes comunistas. Pero el terror no es simplemente el fruto de una mente enferma, sino la práctica en que culmina —ciertamente en la forma bárbara que ni Lenin ni Trotsky podían imaginar— el intento de construir el socialismo desde el poder en condiciones históricas adversas,

sin la participación consciente de las masas trabajadoras y sin la adhesión de la mayoría de la sociedad.

La perspectiva internacional, a su vez, se invierte: si Lenin veía la revolución rusa como prólogo de la revolución mundial, los intereses del proletariado en cada país quedan sujetos incondicionalmente a los intereses soviéticos. La doctrina brezhneviana de la "soberanía limitada", con la que se pretendió justificar más tarde las invasiones de Checoslovaquia y Afganistán, no era sino la expresión neoestaliniana de esa prioridad del interés soviético sobre el interés propio, nacional, de cualquier país, pueblo o partido.

IV

¿Cuáles son los rasgos fundamentales del sistema que, en el arco del tiempo, se extiende desde el fin de la NEP (1929) al comienzo de la *perestroika* (1985), que, a su vez, se vio forzada a abandonar la escena (en 1991)?

En el terreno económico: propiedad estatal sobre los medios de producción, aunque formal y jurídicamente se considera social; planificación total de la economía y, consecuentemente, exclusión —a todos los niveles— del mercado.

En el terreno político: Estado autoritario, separado de la sociedad y opuesto a ella, en el que el poder lo ejerce de hecho y de derecho el Partido único, lo que excluye, por tanto, toda forma de democracia: representativa o autogestionaria.

En el terreno ideológico-cultural: transformación del marxismo en la ideología oficial del Estado como "marxismo-leninismo", y sujeción de toda vida ideológica y cultural a las directrices del depositario de su "verdad" y su interpretación —

o sea: el Partido— en cualquier esfera: el arte, la ciencia o la filosofía.

En las relaciones exteriores: dominación imperial del poder central sobre las naciones y nacionalidades de la URSS, así como expansionismo en sus relaciones con los países "hermanos", y "rusificación" en sus vínculos con el movimiento comunista mundial y fuerzas políticas afines de otros países.

Junto a estos rasgos estructurales negativos, hay que reconocer los logros alcanzados en el desarrollo de las fuerzas productivas, que transformó al país atrasado de antes de la Revolución en una potencia industrial mundial, así como en la correspondiente política de pleno empleo. Hay que reconocer, asimismo, los logros alcanzados al permitir el acceso de las más amplias capas de la población a la enseñanza, a la cultura, a la salud y, en general, a la protección social. Pero no puede olvidarse que, a partir de los años sesenta, la propia estructura del sistema —bajo la extenuante presión del capitalismo más agresivo— acabó por paralizar el crecimiento de las fuerzas productivas y anular las conquistas sociales alcanzadas.

Con sus luces y sombras —más de éstas que de aquéllas—, este sistema que se remitía a Marx y a Lenin, ¿qué tenía que ver con ellos? Y, asimismo, ¿qué debía a Trotsky que, desde 1923, se había opuesto a su artífice: Stalin? Veamos, en primer lugar, su relación con Marx en un solo punto: el que toca a las condiciones que hicieron posible su nacimiento y formación. Es cierto que Marx admitió, en su juventud, la posibilidad de la revolución socialista en un país atrasado, como la Alemania de su tiempo. Y cierto es también que, al final de su vida, aceptó la tesis populista de que era posible transitar de la Rusia del *mir* ("comunidad rural") al comunismo, sin pasar necesariamente por la fase capitalista.

Sin embargo, ambas perspectivas fueron arrinconadas por el propio Marx. La primera, al analizar las revoluciones frustradas de 1848 y descubrir —como causas de su fracaso— un insuficiente desarrollo del capitalismo. La segunda —la perspectiva populista de saltar en Rusia la fase capitalista— la hacía depender de la revolución en Occidente. Así pues, tanto en un caso como en otro, Marx se atenía a su esquema clásico.

La cuestión del tránsito al socialismo, por lo que toca al modo de emprenderlo, divide a los bolcheviques en los años veinte, cuando aún podían discutir entre si. Pero hay otras respuestas que, siguiendo a Marx, niegan esa posibilidad. Son las que ya habían dado Plejánov y Mártov, antes de la Revolución; la que reitera la socialdemocracia alemana con Kautsky, y la que, por razones distintas, da Rosa Luxemburgo al criticar las medidas antidemocráticas bolcheviques.

Ya vimos que a Lenin no se le escapa la inexistencia de las condiciones necesarias para construir el socialismo en Rusia, pero sin concluir, por ello, que sea imposible construirlo, ya que a juicio suyo esas condiciones pueden ser creadas desde el poder conquistado. Ciertamente, al final de su vida atisbará —ya muy tarde para él— las sombrías consecuencias del poder en manos de la burocracia. Asimismo, como Trotsky, Lenin no deja de inscribir el socialismo en la perspectiva utópica de la revolución mundial, subestimando, por un lado, la vitalidad del capitalismo "agonizante" y, por otro, confiando excesivamente en el potencial revolucionario de la clase obrera occidental. Ahora bien, lo decisivo en Lenin es su apuesta voluntarista por la creación de las condiciones inexistentes, tratando de torcer con ella el pulso de la historia. Y esto es lo que, después de su muerte, se buscará —a la bárbara manera estaliniana— con la industrialización acelerada y la colectivización forzosa. Con

esta pretendida construcción del socialismo, que tiene como motor el Estado despótico y el Partido único, Marx tiene poco que ver, y menos aún con el sistema que resultó de ella.

V

Si fijamos ahora la atención en los rasgos fundamentales del sistema, que antes hemos señalado, y tomamos como referente el proyecto marxiano de nueva sociedad, no obstante su vaguedad, advertiremos fácilmente que ese sistema "realmente existente" es la negación misma de ese proyecto. Nunca ha habido, ciertamente, socialismo en la URSS ni en los países que, en cuatro continentes, se inspiraron en el modelo soviético. Y la explicación de ello no está en que, originariamente, este modelo fuera imperfecto o en que —siendo adecuado— se aplicara torpe o perversamente, o en que las condiciones históricas obligaran a castrar su contenido emancipador o a desviarse de él. Finalmente, tampoco se trata de que los dirigentes, instalados en el poder, traicionaran a la Revolución y en lugar de impulsar la hicieron que degenerara en una verdadera contrarrevolución.

Ninguna de estas explicaciones causales puede considerarse satisfactoria, porque nunca ha habido un modelo originario —perfecto o imperfecto— ni tampoco deformado o traicionado en su aplicación. En verdad, sólo ha habido un modelo: el que impuso la realidad cuando se apostó por construir el socialismo faltando las condiciones necesarias. Y ese modelo se aplicó adecuadamente; es decir, con un terrible costo humano, ya que sólo el terror podía garantizar semejante construcción y coronar ese inmenso despliegue de voluntarismo contra la realidad y la historia.

No puede afirmarse por ello que Stalin, al dirigir la construcción de su "socialismo de cuartel", siguiera un modelo marxiano —ni siquiera pervertido—, ni tampoco que al construirlo en las condiciones marxianas inexistentes tuviera razón contra Marx. Su "socialismo" despótico era otra cosa que no respondía, en modo alguno, a la utopía marxiana de la nueva sociedad.

Tampoco su idea de la transición podía encajar en la que Marx había previsto para otras formaciones sociales en su *Crítica del Programa de Gotha*. Sí correspondía, en cambio —dejando a un lado, que ya es dejar, los numerosos crímenes de Stalin—, a la transición que Lenin y Trotsky impulsaron, ya que se asentaba en los mismos pilares: propiedad estatal absoluta, planificación total de la economía, Estado omnipotente, dictadura del proletariado (en rigor, del Partido), régimen de partido único y predominio de los métodos represivos, con exclusión de toda participación democrática. Las innegables diferencias tácticas y estratégicas entre Lenin, Trotsky y Stalin no borran lo que tienen en común al basar la transición en los mismos pilares. Ciertamente, Lenin ve en el nuevo poder un Estado obrero con "excrecencias burocráticas" y Trotsky criticará —sobre todo desde el exilio— el carácter despótico que lo conducirá al terror generalizado. Pero ni uno ni otro ven —no podían ver— las relaciones entre Estado y sociedad o entre socialismo y democracia con los ojos de Marx.

VI

Así pues, al proclamarse en 1936 que la construcción del socialismo había llegado a su término, Stalin no tenía ninguna razón para remitirse a Marx, ya que lo construido era la negación

misma de su proyecto emancipatorio. Sin embargo, no puede pasarse por alto cierta presencia de Lenin y Trotsky en el "socialismo estaliniano", aunque el terror en que se sustentaba no se daba en tiempos de Lenin y aunque Trotsky lo vivió y experimentó en carne propia.

Cuando más tarde Brezhnev sentencia que ese socialismo es "real", no se está, por tanto, ante una idea o un modelo previo, ni, por otra parte, ante una realidad que no tenga nada que ver con cierto modelo, a saber: el que ha surgido en el intento de construir el socialismo en las condiciones rusas y exportado o impuesto en otras condiciones. Es el modelo con el que —en un caso y otro— se pretendió forzar la mano de la historia. Y lo que resultó se ajustaba adecuadamente a ese modelo que era la antítesis del proyecto emancipatorio de Marx.

Sin embargo, podría afirmarse con ello que se ha confirmado negativamente a Marx, pues no ha habido socialismo donde se ha pretendido construir sin las condiciones necesarias. Pero también cabría afirmar que la historia ha confirmado la tesis marxiana de que el capitalismo puede ser destruido, aunque con las consecuencias que conocemos cuando se trata de un país en el que falta la madurez necesaria para reemplazarlo por un sistema socialista. Y podría reconocerse asimismo que la historia ha justificado las prevenciones de Marx y Engels ante la posibilidad de un "socialismo de Estado", cuando la propiedad se vuelve irrestrictamente estatal, se fusionan el poder económico y político, y se disocian socialismo y democracia.

VII

Ahora bien, la ausencia de Marx se torna presencia de Lenin y Trotsky en el "socialismo real" en cuanto que éste realiza la

posibilidad que se daba ya en el pensamiento y la acción de uno y otro. Y esa posibilidad existe a partir de ciertos elementos que enumeraremos a continuación. Dos de ellos (1 y 2) son anteriores a la revolución de 1917, en tanto que los otros dos (3 y 4) son respuestas del voluntarismo de ambos a la necesidad que asumen de construir el socialismo en las condiciones rusas y en un contexto exterior hostil. Dichos elementos son:

- 1) la concepción de la "dictadura del proletariado" como "dictadura del Partido";
- 2) la teoría del Partido como vanguardia;
- 3) la concepción del Estado todopoderoso, fundido con el partido único; y
- 4) la exclusión de todo pluralismo político, lo que hace imposible —como advirtiera Rosa Luxemburgo—, no sólo la democracia representativa, sino toda forma de democracia.

Con estos elementos, la posibilidad se convierte en la realidad de:

- 1) la dictadura del Partido en el sentido habitual de "régimen no sujeto a ninguna ley" (Lenin), lo que habrá de culminar, como había augurado el joven Trotsky, en la dictadura de un solo hombre: Stalin;
- 2) el Partido monolítico que piensa y actúa en nombre de la clase obrera y por toda la sociedad; y
- 3) la sociedad cerrada sin fisuras ni disidencia, ya que éstas se convierten en delitos contra el Estado, e incluso en traición.

En definitiva, lo que se construyó como "socialismo real" fue un sistema —ni capitalista ni socialista— que, tras los avances logrados en otras décadas, acabó por estancarse económica,

científica y tecnológicamente, y entrar en un proceso de descomposición social y degradación moral. Por su inmovilismo, este sistema no retrocedía al capitalismo ni avanzaba hacia el socialismo.

A mediados de la década de los ochenta, el sistema seguía siendo represivo, aunque se había suavizado el terror de Stalin; la alarmante baja de la productividad demostraba la ineficiencia a que conduce una economía burocráticamente planificada; y la degradación de los valores morales y sociales era patente. Y a estos fenómenos tan negativos había que agregar que los logros de otros tiempos en el terreno social —educación, salud, vivienda, empleo garantizado, etcétera— resultaban cada vez más retóricos o limitados, e incluso anulados, en la práctica.

VIII

La *perestroika* surge en 1985 para salir al paso de la ineficiencia económica y degradación social a que había conducido el sistema del "socialismo real". De ahí la profunda reforma de Gorbachov, que afecta a todos los niveles de la sociedad: económico (limitación de la planificación estatal), político (democratización del Partido y de toda la vida social) e ideológico (transparencia de la información y libertad de expresión y creación).

Sin embargo, aunque se quebrantan los pilares del sistema y se mantiene el objetivo de transitar a un socialismo que nunca había existido, subsiste el predominio de la propiedad estatal, el Partido como fuerza política dirigente y el Estado multinacional que ha permanecido sordo a las aspiraciones étnicas y nacionales.

Ahora bien, en tanto que revolución democrática y antiburocrá-

tica, la *perestroika* se halla sujeta desde el primer momento a los embates de tres tendencias, impulsadas por distintas fuerzas sociales, sin que ninguna de ellas logre imponerse sobre las otras. Son las tendencias:

- 1) a mantener el *statu quo* anterior, aceptando todos los cambios de forma para que nada sustancial cambie;
- 2) a transitar a un verdadero socialismo democratizando profundamente la vida económica, política y social; y
- 3) a pasar a una sociedad *poscomunista*, cuya democracia y libertad se asentarían en la generalización de la propiedad privada—incluso sobre los medios de producción— y la economía de mercado.

Al reformar el sistema, la *perestroika*, rompía con su inmovilismo y abría, justamente por su carácter democrático y antiburocrático, la posibilidad de transitar, en nuevas condiciones, hacia el socialismo. Pero abría también otras dos posibilidades: a) la de volver a un régimen autoritario que sería una nueva versión del sistema que se pretendía dismantelar (semejante involución es la que buscaba la vieja *nomenklatura* con el golpe de Estado de agosto de 1991, que fue rechazado categóricamente por una sociedad que no quería perder, no obstante sus fallas económicas, los frutos de la democratización llevada a cabo por la *perestroika*); y b) la de encaminarse hacia una economía del mercado generalizado que, en las condiciones ruinosas del país y dado el terrible costo social que impondría a la población, sólo podía asemejarse a un capitalismo salvaje.

De las tres tendencias mencionadas, la que contó con menos apoyo social y resultó, por tanto, más débil fue la orientada hacia el socialismo, ya que el repudio de casi toda la sociedad del sistema supuestamente socialista alcanzaba a la idea misma

de socialismo.

Gorbachov trató de mantener el equilibrio entre las distintas tendencias, aunque sus errores, vacilaciones y concesiones animaban a las fuerzas que impulsaban tanto el retorno a un nuevo autoritarismo como la marcha hacia un capitalismo salvaje. Pero lo que Gorbachov no quiso —o no pudo— decidir, lo decidió finalmente el golpe de agosto. Su fracaso liquidó la alternativa reaccionaria de la *nomenklatura*, pero arrojó también de la escena toda perspectiva socialista.

Con la disolución del PCUS y la desintegración de la URSS llegaba a su término el derrumbe del "socialismo real", arrastrando con él —al menos en un futuro previsible— la alternativa socialista. Esto significaba, asimismo, el fin de la *perestroika* como intento de reforzar el sistema vigente en dirección al socialismo. Naufragaba, pues, el tercer —y más radical— de los intentos históricos de reformar el "socialismo real" sin destruir sus fundamentos. Los otros dos habían sido: la desestatalización emprendida por Jruschov en los años cincuenta y abruptamente cortada por la *nomenklatura*, y el "socialismo de rostro humano" de la primavera de Praga, aplastado en 1968 por las tropas del Pacto de Varsovia.

Lo que demuestran estas tres experiencias históricas, y particularmente la de la *perestroika* y su proyección en los países del Este europeo, no es sólo la imposibilidad de que el "socialismo real" se reforme a sí mismo, sino también de que, a partir de su reforma o derrumbe, se hace imposible el avance hacia una verdadera sociedad socialista. Descartada por ahora la perspectiva de un nuevo autoritarismo, lo que encontramos desplegado, a corto y mediano plazo, es el horizonte sombrío de un capitalismo salvaje o de nuevos fundamentalismos: étnicos, nacionalistas o religiosos.

IX

¿Qué queda, pues, a la izquierda en nuestros días, particularmente a la que ya conocía, fuera de los países del Este, las "bondades" del capitalismo y que ahora conoce también las consecuencias tanto del fracaso de trascenderlo con una alternativa falsamente socialista como la inoperancia de los intentos socialdemócratas de reformarlo desde dentro? Ciertamente, el derrumbe del "socialismo real" tiene consecuencias devastadoras, y, en primer lugar, para la izquierda que, durante largos años, se solidarizó incondicionalmente con ese experimento social, con lo cual —al renunciar a su crítica— se hizo responsable de sus desaciertos, ineficiencias e injusticias. Pero a esas consecuencias no escapan tampoco los partidos o corrientes socialistas y socialdemócratas nunca asociadas a él o que, como el trotskismo, se deslindaron de Stalin desde que usurpó el poder.

Se comprende, por ello, que la izquierda sufra hoy una verdadera crisis de identidad, y, en particular, la que por una u otra vía —reformista o revolucionaria— pretendía realizar un proyecto socialista. Esto da sentido a la pregunta que impone el ajuste de cuentas con el pasado: ¿qué significa hoy estar a la izquierda?

El criterio sigue siendo ciertos valores universales —libertad, igualdad, democracia, solidaridad, derechos humanos—, cuya negación, proclamación retórica o angostamiento han sido siempre propios de la práctica política de la derecha. Pero estos valores tienen que ser asumidos por la izquierda, en cada situación real, con un contenido concreto, efectivo. Justamente porque estos valores han sido negados por el sistema que se pre-

sentaba como socialismo, la izquierda tiene que deslindarse de él, en la medida en que por su concepción del mundo, estrategia, modelo de sociedad y formas organizativas ha contribuido a justificarlo y mantenerlo. Pero no por ello la izquierda puede suavizar y menos aún renunciar a la crítica del capitalismo existente que, por su propia naturaleza como sistema de explotación y dominación, niega, ahueca o restringe esos valores en las relaciones entre los individuos y los pueblos.

No se puede estar hoy a la izquierda sin romper con todo lo que ha significado el "socialismo real", pero tampoco si de su derrumbe se saca la falsa conclusión de que el capitalismo, no sólo es invencible, sino civilizable como sistema de explotación y dominación.

Ahora bien, el hecho de que el capitalismo haya hecho frente, victoriosamente, al reto que significaba para él la existencia misma del "socialismo real", de que haya logrado recomponer su sistema productivo y que, con su ofensiva neoliberal, esté liquidando la política de bienestar social en su propio seno, aunque ensombrece la perspectiva del socialismo en el futuro, no hace a éste menos necesario y deseable. La existencia misma del sistema capitalista, con su cortejo de miserias, desigualdades e injusticias, constituye la razón de ser, la necesidad, de un socialismo en el que el hombre sea realmente un fin —como postulaba Kant— y no un simple medio, objeto o mercancía.

Estar a la izquierda, hoy día, es estar por un modelo de desarrollo que responda a los intereses y necesidades de la mayoría de la sociedad, y no sólo a los estrechos y egoístas de una minoría, o a los ajenos —no menos estrechos y egoístas— de las transnacionales. Es al mismo tiempo pugnar por un desarrollo que no mine la base natural de la vida humana y que, por tanto, haga suyas las reivindicaciones ecológicas. Es también enfren-

tarse enérgicamente a toda forma de discriminación de sexo, etnia o raza. Y, por consiguiente, es asumir las reivindicaciones de la mujer más allá de su igualdad formal con el hombre, dándoles un contenido concreto en la vida económica, política y social. Y, a su vez, es combatir la más mínima manifestación del racismo, que deshonra al individuo, grupo social o poder que lo tolera o promueve.

Estar a la izquierda es oponerse a las relaciones de desigualdad y dependencia entre las naciones, y es, por tanto, repudiar toda hegemonía mundial de una potencia o un bloque de países. Es asumir, asimismo, las legítimas reivindicaciones del llamado Tercer Mundo frente al neocolonialismo o la marginación.

Aunque hoy parezca un tanto *demodé* o de mal gusto hablar de imperialismo en ciertos medios, éste existe, con la particularidad de que en América Latina, por ejemplo, la sumisión de la periferia al centro imperial se ha hecho más pronunciada. Y para algunos países, más hundidos económicamente, la perspectiva es la de la "marginalidad" que acabará por situarlos, no ya "fuera de la historia" (Hegel), sino fuera de la vida misma.

Sólo en un verdadero socialismo las reivindicaciones de libertad, igualdad, justicia y democracia encontrarán el terreno apropiado para pasar de los buenos deseos a su encarnación efectiva. Pero la izquierda no puede cruzarse de brazos en espera del "gran día" en que advengan esos valores. En cada instante y en cada pulgada de terreno ha de hacer frente a la negación, o angostamiento de ellos, pues ésta será, en definitiva, la mejor vía para llegar a la sociedad más justa, más libre y más igualitaria que llamamos socialismo.

En suma, después del derrumbe, y no obstante las condiciones desfavorables que para el verdadero socialismo se han creado

con él, hay suficientes señas para que la izquierda reconozca su identidad. Pero esta izquierda que no está dispuesta a renunciar al socialismo en el futuro, por utópico o lejano que nos parezca hoy, tiene que hacer una política nueva: una política que no confunda los fines y los medios, ni los separe tampoco radicalmente; una política que no se deje seducir sólo por los resultados inmediatos, ni pierda nunca de vista los fines y valores que le dan sentido.

En suma, una política impregnada de un profundo contenido moral. Pero de una moral que, expresándonos con términos de Weber, no se *aferre* a los principios aunque "*se hunda el mundo*", desentendiéndose de los medios, condiciones o consecuencias de su realización, ni tampoco que mire sólo sus consecuencias o resultados, sin reparar en sus fines o principios.

Tal es la lección política y moral que la izquierda, que no arría la bandera socialista, podría sacar del derrumbe del "socialismo real". ■

DDD

